

Seguridad y santificación

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

3.1 - Si desconectamos seguridad y santidad, ¿no pensará la gente que puede ser salva continuando a vivir como le place?	5
3.2 - ¿El progreso en la santidad práctica mejora el título del creyente para tener un lugar en el cielo?	6
3.3 - ¿Cuándo tiene lugar esta santidad progresiva o práctica? ¿La obtenemos por un acto de fe?	7
3.4 - ¿Cuándo es que un cristiano tiene derecho a decirse santificado?	7
3.5 - En las Escrituras, es cuestión de creyentes plenamente santificados. Tales creyentes, ¿no son perfectos y están fuera del alcance de la tentación?	8
3.6 - ¿Por qué la Biblia hace tanto hincapié en esta santificación absoluta de posición que posee todo creyente? ¿Qué beneficio práctico obtenemos de ella?	8

Cuando Dios llamó a Israel a salir de Egipto, comenzó por proteger a su pueblo del juicio, mediante la sangre del cordero inmolado y luego santificó a los primogénitos que habían sido protegidos. **Éxodo 12** da detalles de la protección de la sangre, y **Éxodo 13** comienza con la santificación: «Conságrame todo primogénito».

Este es el tipo en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, la protección y la santificación vuelven a estar vinculadas. En **Juan 17**, por ejemplo, el Señor Jesús habla de la *protección* de los suyos. En cuanto al *pasado*, dice: «A los que me diste, los guardé». Para el *futuro*, ora a su Padre, diciendo: «Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre» (v. 11-12). Inmediatamente después ora por su santificación (v. 17, 19).

Estos versículos nos muestran que el pensamiento de Dios es poner en seguridad al creyente y santificarlo. Sin embargo, no relacionemos nuestra seguridad con nuestro crecimiento en la gracia, ni las separemos en bendiciones separadas por años de experiencia. Para entender la relación correcta entre estar puesto en seguridad y ser santificado, necesitamos conocer el significado bíblico de estos términos y de qué dependen.

No es difícil saber lo que significa “seguridad”. Para “santificado” puede ser diferente. Pocas palabras en las Escrituras son más malentendidas que esta.

Para algunos, santificación es sinónimo de “intolerancia”. No es ni eso ni “*llegar a ser muy santo*”. El significado primario de santificar es *poner aparte* –dejar un estado inicial para ser puesto al servicio de Dios. Por ejemplo:

«Ungirás también el altar... y santificarás el altar... ungirás la fuente... y la santificarás» (**Éx. 40:10-11**).

«Por ellos me santifico [Jesús] a mí mismo» (**Juan 17:19**).

«Santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones» (**1 Pe. 3:15**).

¿En qué sentido se santifica un objeto de madera o metal? No puede ser hecho *santo* en el sentido ordinario del término. Los objetos inanimados no tienen espíritu ni personalidad. Sin embargo, pueden ser *reservados* solemnemente para el uso divino. Moisés apartó así el altar y la fuente, y fueron santificados o hechos santos en el sentido bíblico de la palabra.

¿Cómo podemos concebir que Dios mismo o el Señor Jesús sean *santificados*, ante quien los ángeles cubren sus rostros, gritando: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos»? (**Is. 6:3**). En el mismo sentido, solo el Señor Jesús se ha *puesto aparte* en

el cielo por nosotros; y nosotros podemos *poner aparte* a Dios mismo en nuestros corazones, dándole siempre ese lugar de supremacía y honor que le corresponde.

Del mismo modo, cuando se trata de nosotros, creyentes, la santificación tiene este significado primordial. En **Éxodo 13:2**, ya citado, Dios reclama para sí a quienes ha apartado de la sangre; esto es la santificación. Somos así separados, o apartados, para el placer y servicio de Dios.

Para nosotros, sin embargo, la santificación tiene dos aspectos. El primero, *absoluto*, concierne a nuestra *posición*: Dios nos pone aparte, es el punto de partida de nuestra vida cristiana. El segundo, *progresivo*, se refiere a nuestra vida *práctica* –esta obra se profundiza a medida que caminamos por la tierra.

Los versículos que hablan de la santificación del creyente como algo hecho, naturalmente tienen el primer significado. Por ejemplo, Pablo, en Primera a los Corintios, escribe a los «santificados en Cristo Jesús» (**1 Cor. 1:2**). Dice: «Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (**1 Cor. 6:11**). Estas palabras son sorprendentes, pues los cristianos de Corintio eran en muchos aspectos muy reprobables. Todavía no habían progresado mucho en la santidad *práctica*, pero el apóstol no duda en recordarles que en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de Dios *habían sido* santificados tan verdaderamente como habían sido lavados y justificados. Habían sido puestos aparte para Dios.

En **Hebreos 10**, se dice: «Con una sola ofrenda perfeccionó para siempre a los santificados» (v. 14). ¿Quiénes son estos santificados? ¿Creyentes que han alcanzado un nivel especial de santidad? *No*, son todos los cristianos sin distinción ni clase, puestos aparte para Dios en virtud del único sacrificio de nuestro Señor Jesucristo.

Pero hay otros versículos en los que la santidad está presentada como una meta que hay que alcanzar y desear. Se dice: «Porque la voluntad de Dios es vuestra santidad» (**1 Tes. 4:3**); «Cristo amó a la iglesia y sí mismo se entregó por ella, para santificarla, purificándola» (**Efe. 5:25-26**); «Si, pues, alguien se purifica de estos, será un vaso para honra, santificado, útil al dueño» (**2 Tim. 2:21**).

En estos versículos, aunque la santificación sigue teniendo el significado primario de «poner aparte», está considerada claramente como lo que Dios espera de su pueblo; como lo que Cristo *hace* por su Iglesia hoy –no: *ha hecho*–; y como lo que debemos buscar individualmente, y que, en lugar de ser ya nuestro por la gracia de Dios, será nuestro *si* respondemos a las instrucciones divinas. En una palabra, es

santidad práctica y progresiva.

Veamos ahora de qué dependen estas cosas. En la Escritura, nuestra *seguridad* está siempre vinculada al valor infinito de la obra expiatoria de Cristo y a su poder para guardarnos. Nuestra santidad práctica después de la conversión, por importante que sea, en su lugar, no le añade nada. En aquella noche trágica de Egipto, ningún hijo mayor se habría salvado si el cabeza de familia hubiera pegado en el dintel de la puerta un papel recordando las excelencias o los progresos de su hijo en la santidad. La seguridad de todos los primogénitos salvados dependía de la aspersión de la sangre y nada más. Lo mismo ocurre con nosotros. Nuestra seguridad, perdón y justificación dependen enteramente de la preciosa sangre de Cristo. Somos perdonados «en su nombre» (*Hec. 10:43*), somos justificados «por su sangre» (*Rom. 5:9*).

Pero, ¿de qué depende la *santificación*? En cuanto a nuestra posición, se basa en la obra de Cristo. Somos santificados por su única ofrenda. También depende del Espíritu Santo. Somos «escogidos... en santificación del Espíritu» (*1 Pe. 1:2*). Hemos nacido de nuevo por el Espíritu y creyendo la verdad, somos finalmente sellados por ese mismo Espíritu. En virtud de todo ello, somos puestos aparte para Dios.

En cuanto al aspecto práctico y progresivo, la santidad depende de la verdad. «Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad» (*Juan 17:17*). Por tanto, la santidad de *Efesios 5:26* es «por la Palabra». Siendo así, es fácil ver que la diligencia y la voluntad de corazón de apartarse de la iniquidad son esenciales para ello. «Andad en el Espíritu, y no deis satisfacción a los deseos de la carne» (*Gál. 5:16*). Cristo está ante nosotros como nuestro objeto y somos llevados bajo la influencia de la verdad de la Palabra; así somos prácticamente separados para Dios en espíritu y en nuestros afectos. Esta santificación práctica continúa cada día de nuestra peregrinación.

3.1 - Si desconectamos seguridad y santidad, ¿no pensará la gente que puede ser salva continuando a vivir como le place?

No las desconectamos, ni mucho menos. La Escritura deja claro que Dios separa para sí a aquellos a quienes protege del juicio. Es simplemente impensable para la mente cristiana que alguien sea protegido y dejado en el mundo bajo el poder del

pecado. Solo un incrédulo podría tener tal pensamiento.

No las desconectamos, sino que las distinguimos, porque las Escrituras así lo hacen. Desafortunadamente, algunas personas confunden estas dos cosas. Desean tanto que seamos humildes y caminemos por un sendero recto, que quisieran hacernos creer que nuestra seguridad depende del nivel de nuestra santidad práctica.

¿Es esto así? ¿Es nuestro aislamiento tan incierto que debemos permanecer en una peligrosa incertidumbre para no ponerlo en peligro? Tomemos una imagen. ¿Debemos aterrorizar a los niños pequeños para que se porten bien? ¿Es este el único método, o el mejor, para conseguirlo? De lo contrario, ¿por qué Dios trataría a sus hijos de esta manera? En verdad, todo buen comportamiento proviene de saber que estamos protegidos y de comprender que estamos separados por y para Dios.

3.2 - ¿El progreso en la santidad práctica mejora el título del creyente para tener un lugar en el cielo?

En absoluto, pero sin santidad nadie verá al Señor. Al final de una vida celosa, marcada por un nivel tan alto de santidad práctica y dedicación, el apóstol Pablo escribe: «Partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» (Fil. 1:23). Al malhechor moribundo, recién convertido, que tenía pocas horas de santidad práctica, Jesús le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43).

¿Cuál de los dos tenía mayores perspectivas de ir al cielo y estar con Cristo? ¿Pablo? No, tenían la misma perspectiva, y era tan segura y firme como la obra de Cristo y la segura Palabra de Dios podían hacerla.

La aptitud para el cielo no es algo en lo que el creyente trabaja –él es apto desde el principio de su carrera. Damos gracias al Padre que «nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz» (Col. 1:12). Notemos bien: ¡«nos hizo»! Esto es algo que él ha hecho, no algo que él hace.

Los progresos en la santidad práctica, sin embargo, ¡mejoran nuestra *aptitud para la tierra*! Así somos mucho más capaces de ocupar nuestro lugar como testigos y siervos de Cristo en este mundo.

3.3 - ¿Cuándo tiene lugar esta santidad progresiva o práctica? ¿La obtenemos por un acto de fe?

Nadie puede decir que en tal o cual día u hora “fue prácticamente santificado”, de lo contrario, ¿cómo podría ser progresiva? Tampoco somos santificados prácticamente por un acto de fe. Por supuesto, se requiere fe en que somos apartados por Dios para Sí mismo. La fe no es un acto que logramos mediante algún tipo de esfuerzo supremo. La fe realmente actúa, pero de una manera constante y continua. Haber creído es bueno, ¡pero debemos seguir creyendo!

Al dejarnos guiar por las Escrituras, aprendemos que la verdad santifica y que la Palabra de Dios es la verdad ([Juan 17:17](#)). Además, el Espíritu de Dios santifica. Él es el poder santificador, pues nos guía a toda la verdad ([Juan 16:13](#)). La verdad nos presenta a Cristo, revela su gloria a nuestras almas, y a medida que vemos por la fe, somos transformados a su imagen de gloria en gloria ([2 Cor. 3:17-18](#)). ¡Esto es santificación progresiva!

3.4 - ¿Cuándo es que un cristiano tiene derecho a decirse santificado?

Todo verdadero creyente está santificado. Se puede decir de cada uno: «Pero por él [Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús; el cual nos fue hecho sabiduría por parte de Dios, y justicia, y santificación, y redención» ([1 Cor. 1:30](#)). Por tanto, si está verdaderamente convertido y «en Cristo Jesús», puede decir que es santo con tanta confianza como que está redimido.

Sin embargo, si esta pregunta se refiere a la santidad práctica, la respuesta es: *¡nunca!* Los que más manifiestan la santidad, es decir, los más semejantes a Cristo, son los últimos en decirlo. Lo que llena sus almas es Cristo, no su santidad práctica. Como Pablo, persiguen la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor ([comp. Fil. 3:8](#)), y si hablan de sí mismos, es para decir: «No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto» ([Fil. 3:12](#)).

3.5 - En las Escrituras, es cuestión de creyentes plenamente santificados. Tales creyentes, ¿no son perfectos y están fuera del alcance de la tentación?

Los que no miran el contexto de las expresiones bíblicas a veces piensan que ser santificado por completo es tener la vieja naturaleza eliminada por completo. Sin embargo, un vistazo al pasaje nos ayudará a comprender el significado de estas palabras. Dice así:

«Absteneos de toda forma de mal. Y el mismo Dios de la paz os santifique por completo; y todo vuestro ser: espíritu, alma y cuerpo, sea conservado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes. 5:22-23).

El apóstol Pablo deseaba, para cada uno de estos creyentes, que todo su ser estuviera prácticamente apartado para Dios. Cada una de las tres partes que componen al hombre –espíritu, alma y cuerpo– debía ser afectada de tal modo que no solo quedara apartada del mal, sino también de toda forma de mal. Este debería ser también el objeto de nuestro sincero deseo. Pero «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8). Huelga decir que, si la vieja naturaleza no está erradicada, ningún creyente puede decir que es perfecto o que está fuera del alcance de la tentación.

3.6 - ¿Por qué la Biblia hace tanto hincapié en esta santificación absoluta de posición que posee todo creyente? ¿Qué beneficio práctico obtenemos de ella?

Es de suma importancia. La ley ofrece un ideal al que hay que esforzarse de alcanzar. Los caminos de Dios en gracia nos muestran lo que *somos*, por u soberana elección, para que seamos consecuentes.

Tomemos una alegoría. Dos niños nacen el mismo día: uno es hijo de un rey, destinado por nacimiento a altas funciones; el otro es hijo de un pobre hombre. ¿Por qué el joven príncipe lleva siempre consigo que es hijo del rey? ¿Tiene alguna ventaja práctica en ello? Por supuesto que sí. Los dos muchachos pueden caminar por las

mismas calles, pero su vida práctica y su forma de comportarse son muy diferentes. Puesto que, por nacimiento, el príncipe está absolutamente puesto aparte para los deberes reales, se mantiene prácticamente alejado de las cosas vulgares.

Así debe ser siempre con nosotros. Nunca recordaremos demasiado que hemos sido puestos aparte para Dios por la obra redentora de Cristo, por la obra del Espíritu y su habitación en nosotros. Esto es lo que conduce a una vida de santidad.